



COMISIÓN 2

Tecnicatura en Comunicación Pública y Política

Índice

1. Fusión de dimensiones. Paula Arrúa
2. Mi amigo monito y yo. Cecilia Cañumil
3. ¿Quién es Alcides? Manuel Cao
4. Bajo la oscuridad ella viene por vos. Ayelén Costa
5. El miedo a lo desconocido. Luciano De Angelis
6. Existencialismo. Jana Feijoo
7. La luz mala. Pablo Florines
8. La Trafic blanca. Leandro Martínez
9. El poder de las mujeres. María Marta Ortolani
10. El poder de las mujeres. Melina Palópolo
11. El pecador de Canterville. Camila Ragazzini
12. La silueta con poder. Enrique Ramírez Ovalles
13. El poder de las mujeres. Ignacio Ruiz Sanabria
14. El tesoro universal. Mariano Zamudio

Fusión de dimensiones

Paula Arrúa

Ya habían pasado varias horas desde que la puerta se cerró tras de sí, y aún se encontraban sin hablar. No podía oírse, ni sentirse, un solo suspiro. Se experimentaba, sin embargo, el poder de atravesarse con la mirada.

El resplandor de la noche delineaba sus rostros. Luego, plena oscuridad. El aire que circundaba sus figuras cobraba peso: los abrazaba y los cobijaba.

La habitación estrecha, fría, tenebrosa, estaba tan quieta que hasta parecían escucharse los pensamientos del fantasma.

-¿Por qué tu sí hermosa Virginia has podido verme además de mirarme? ¿Cómo es que yo, un viejo espectro que nunca se atrevió a cuestionar su existencia, hoy deseay necesita, vivir por la eternidad contemplando esos ojos?

-Sólo dime cómo-expresó la joven, interrumpiendo el silencio pero no el tenso clima.

Simón, sin más, se desplomó a sus pies y apoyado sobre sus rasguñadas rodillas, dedicó sus últimos momentos en aquel plano, a concretar la unión de dos mundos evidentemente incompatibles: discrepantes en tiempo y espacio, opuestos en integridad e irreconciliables en su especie.

Mi amigo monito y yo

Cecilia Cañumil

Mientras charlábamos con el profe en la clase de escritura, un fuerte estruendo impactó nuestros oídos. Entre todos cruzamos miradas de asombro, hasta que de pronto una luz invadió el salón.

El ruido, la luz y él: una bola de pelos que bajaba de ese extraño objeto volador y se dirigía directo al ventanal del aula 19, con un particular modo de caminar.

-No hay problema viejo-dijo- y entró.No salíamos del asombro, mientras él se mantenía tranquilo, como si nos conociéramos de toda la vida. Nadie entendía nada, pero no había curiosos que quisieran acercarse, sólo gente temerosa con intenciones de alejarse.

Yo estaba ahí, sentada, observando, no emitía palabras porque tampoco las tenía. Sólo intentaba entender de dónde había salido ese extraño ser. Un momento después se acercó a mí, la silla de al lado estaba vacía y se sentó.

-¿Qué onda muchachita?- me preguntó- y yo no hacía más que mirarlo. ¿Cómo te llamas pequeña terrícola? –otra vez insistió.

-Soy Cecilia. Soy estudiante en comunicación, de hecho, estás en la Facultad de Periodismo. ¿A qué destino querías llegar?-pregunté.

-Iba al planeta de la alegría, pero algo me detuvo aquí-al mismo tiempo que decía esas palabras, no quitaba sus ojos de los míos.

-¡Al planeta de la alegría!-dije entre risas- ¡Ay! Amiguito ¡Creo que te equivocaste de lugar! Aquí la gente ya casi no ríe, imagínate lo difícil que está la vida en el planeta tierra: guerra de poder, desorden social, sectores marginados; aquí más de uno elige la pelea como camino a la solución y la charla pasó a otro nivel, solo a unos pocos nos interesa cambiar.

-Yo no creo que sea así. Por algo estoy aquí, por alguna razón llegué y te conocí. Seguramente ese algo tiene que ver para que vos y yo estemos hablando, ¿no?.

-Lo miré y sonreí. Esa bola de pelos, ya no era una simple bola de pelos. Era más que eso. Era mi nuevo amigo y nos habíamos elegido.

Hay decisiones que cambian el rumbo, él quiso quedarse, yo quise quererlo. Ha pasado el tiempo y aquí estamos: aula 19, Monito y yo, mi amigo extraterrestre estudia junto a mí comunicación, con la intención, dentro de nuestras posibilidades, de cambiar el mundo.

¿Quién es Alcides?

Manuel Ignacio Cao

Se rumorea que hay, en algunos pueblos del interior argentino, una misteriosa presencia de duendes que acechan y ponen a prueba la virtuosidad de sus habitantes.

Lo poco que se conoce popularmente acerca de esta participación nos da lugar para hablar sobre una de las más conocidas intromisiones de estos seres misteriosos.

Al encontrar accesorios de valor por su material o por su labrado, no deben tomarse del suelo o de cualquier lugar donde esté depositado, si a quien lo toma no le pertenece. Aquí está la prueba.

Los duendes no dejan esos costosos objetos por sola generosidad, sino que pasan la cuenta arrebatando lo más preciado para quien también toma lo ajeno.

Alcides es un veterano de guerra, tiene 58 años y vive solo en la localidad de Arenaza, perteneciente a Lincoln. Disfrutaba su tiempo en soledad, era una persona muy espiritual y encontraba en la nostalgia consuelo y paz.

En uno de los recorridos habituales por Arenaza, Alcides encontró al pie de un algarrobo, una cadena de oro y piedras de esmeralda; éste conociendo las posibles consecuencias de sus actos no supo qué hacer y lleno de miedo volvió con celeridad a su casa.

Durante todo el día, reflexionó sobre lo que pasó y llegó a una conclusión: sus padres a quienes amó y recuerda profundamente al recorrer su barrio (práctica que tenía de chico con ellos) ya no vivían; no tenía hermanos, esposa, ni hijos. Lo inquietó pensar en sus amigos, a quienes estimaba mucho, aunque no los veía hacía mucho tiempo.

Al otro día al volver a pasar por ese lugar, encontró nuevamente el accesorio y se decidió a tomarlo. Ese mismo día lo vendió por un precio altísimo que no se imaginó que valiese. Alcides estaba conforme porque sabía que no tenía familia que perder.

Con el paso del tiempo, a los pocos días, el hombre comenzó a vivir algo más agitado, malhumorado. De a ratos desorientado, ya no salía a caminar por los mismo lugares que siempre y comenzaba a perderse en el barrio donde vivió toda su vida.

A los meses perdió total noción de las cosas más importantes en su memoria, ya no recordaba a sus padres, ni los lugares que había alcanzado. Alcides perdió lo más importante: había olvidado quien era.

Bajo la oscuridad ella viene por vos

Ayelén Eugenia Costa

Una noche fría de unos de los inviernos más crudos, así lo caracterizaban los expertos, Leila se encontraba en la casa de campo de sus abuelos. Una vivienda de enormes

ambientes, de muebles antiguos, de tono roble oscuro, unas ventanas de tamaño considerable, por las que se podía observar el lago que se encontraba detrás de la casa.

Leila se encontraba cómodamente recostada en el sillón más cercano al hogar, apreciando cómo ardía el quebracho en la chimenea. A ella, enfrentado un gran ventanal.

Pasadas las 00:00 horas decidió ir a la cocina por un té caliente; mientras lo preparaba cree ver un movimiento fuera de la casa, miró por la ventana y solo pudo observar como la luna proyectaba sobre la niebla de aquella noche, creando un espejo que no permitía definir la silueta de los árboles.

Dicha imagen le causó escalofríos, una sensación de miedo invadió su cuerpo desde su espalda. Apresuró la preparación de la infusión y salió casi corriendo de la cocina.

En el trayecto hacia el hogar, todas las luces de la gran vivienda titilan y se oyó el grito desesperado, como una especie de llanto de una mujer. Fue entonces que Leila recordó las historias que pesaban sobre la casa y el lago.

Desesperadamente comenzó a cerrar todas las cortinas de los enormes ventanales que caracterizaban a la temerosa casa; mientras lo hacía, los gritos aumentaban de manera casi indescriptible, resultaban ensordecedores.

Llegando a la última cortina, ahí la ve. Leila quedó paralizada, no podía dejar de observar estupefacta a aquel espectro de mujer: era aterrador, levitaba sobre la pesada neblina y parecía brillar de manera aún más abominable bajo la luz de la luna.

Ante el miedo Leila gritó tan fuerte-a causa del terror que aquel fantasma le generó- que cayó desmayada a un lado de la chimenea. Luego de un rato despertó confundida, no estaba segura si lo que había visto era real o sólo un sueño, producto de las leyendas que toda su infancia escuchó. Nunca lo sabrá.

El miedo a lo desconocido

Luciano De Angelis

Luego de percibir unos sonidos metálicos similares a cuando alguien perfora una plancha de metal con un taladro de mano, pero con un nivel de decibeles superior, y al

ver esas luces tan brillantes y con destellos parecidos a los relámpagos de las tormentas eléctricas pero en cambio estos nunca terminaban de brillar.

Algo atónito y un poco asustado me acerqué a la ventana del salón para, junto con el resto, al fin poder observar qué pasaba afuera y cuál era el motivo de tantos ruidos y de la cantidad de gente acumulada.

Fue así que descubrí que en el patio de la facultad había aterrizado un objeto volador no identificado y que de su interior bajaban unos pequeños hombrecitos de color amarillo con un casco al estilo burbuja que rodeaba su cabeza.

Me resultaba raro ver cómo ellos se parecían mucho a nosotros y creo que justamente eso era lo que más miedo me causaba. Se podía percibir la manera en que estas criaturas intentaban entender, al igual que nosotros, que era lo que veían a su alrededor, al enfocar la vista y observando detenidamente el interior de la nave, pude percibir que había muchos más de estos personajes listos y prontos a bajar de la misma.

En el patio los alumnos que se encontraban por ahí, se comportaban de forma extraña, corrían y gritaban aunque estaba claro que no corrían ningún peligro. Luego de un tiempo los sonidos y las luces se calmaron y todas las personas se quedaron en silencio, fue ahí cuando pensé que el fin de nuestros días había llegado, que estos seres venían a colonizarnos, quizás como alguna vez nos pasó pero con otros hombres como los españoles.

Sin embargo, nada de eso ocurrió, por el contrario, al acercarme a ellos pude comprobar que eran seres por sobre todas las cosas más amigables que los españoles de la colonia.

Existencialismo

JanaFeijoo

Comenzamos el exilio de la realidad por la mañana, mi ausencia era efímera pero su exilio eterno. Por más despiadado que haya sido el episodio que amenazaba el remordimiento nacido en la inmediatez de la muerte (de su segunda muerte), decidí acompañar a Sir Simón en sus últimos momentos de existencia. Movilizada por el

sentimiento entrañable que su personaje había logrado conquistar, emprendí con más apuro que certeza el seguimiento de su final destino.

Una especie de nostalgia prematura, enternecida y conmovida me acompañó todo el inusitado camino. Los murmullos aturdían el silencio de aquella cueva a la que habíamos arribado, tenebrosamente oscura, terriblemente solitaria. Voces cargadas de recelos, bastardeaban a aquellos que tenían una segunda oportunidad, a esos que a pesar de su desventura como mortales cargaban con una suerte de segunda chance.

-¡Silencio!- el grito de Sir Simón ahuyentando hasta la tiniebla, exclamando áspera e imperantemente, permitió desbloquear un nuevo nivel de soledad, similar a un abismo o a esos escasos segundos anteriores al desembarco de una catástrofe natural. Pero ahora ese fenómeno correspondía a una connotación positiva, significó por fin el inicio de la depuración de nuestro querido fantasma.

-¿Y ahora qué?- pregunté con tono entrecortado, cargado del vértigo que me producía lo desconocido.

-No puedo seguir, siento que me ahogo. Aunque parezca escaso de credibilidad, mi pecho se hunde y mi garganta se estruja- respondió desesperado Simón, creyendo que se escurría entre sus huesos la posibilidad de salvación.

-Míreme Sir, podemos hacer un intento. Despójese de lo que bloquea su camino al descanso, su garganta y su corazón. -Me avergonzaba lo miedosa que podría escucharse mi voz, pero al fin y al cabo, no podría saber jamás cuál de los dos se encontraba más asustado.

Entonces sucedió el inicio del allanamiento del camino a su redención, tomados de las manos y mirándonos fijamente, despojados de prejuicios.

Para salvar la paupérrima situación que atravesaba su familia, Simón vendió al mejor postor el cuerpo, la integridad y la humanidad de su hermana más pequeña, a un rico y tenebroso comerciante. El proceso de la toma de esta decisión no le resultó ni difícil ni tormentoso.

-Era lo que debía hacer, alguien debía hacerlo, por todos, por nuestra madre- repetía en varias oportunidades. Fácil le resultó arribar a una conclusión que resolviera sus conflictos, pero inmediatamente después se auto percibía indeseable, nauseabundo,

asqueroso. Posteriormente, incapaz de vivir con tremenda culpa, cometió el cobarde acto del suicidio.

En ningún segundo de estas téticas declaraciones me arrepentí de estar allí. Tal vez porque nadie creyó en mí como él esa mañana. En su última oportunidad de redimirse, con sus últimas fuerzas depositó su salvación en mí. Su hermana tenía mi edad cuando la vio por última vez. Capaz por eso me eligió.

En su afán de rescatar a su familia para intentar mejorar su angustiante presente, concibió la idea de que probablemente podía equiparar el mal que había cometido salvando a la sociedad y depurarla de monstruos como él, suicidándose. También ceo que intentó lo mismo conmigo, tendiéndome la mano para emerger al mundo del fúnebre egoísmo al que estaba inmersa. Sir simón comprendió su dolor y arrepentimiento, y yo acabé con una razón de ser, de comprometerme conmigo misma y con el resto, con una razón de ser que arde las ganas de vivir.

La luz mala

Pablo Florines

Alrededor del año 1800, cuando las máquinas industriales aún no se posaban sobre el nuevo continente y la luz se derretía sobre bastones de cera abrazada al hilo enhebrado que los atravesaba y las noches oscuras iluminadas por cielos que inundados de estrellas servían de guía para los caminantes nocturnos, se encontraban dos hermanos regresando a su hogar.

Su andar pausado sobre los juncos que atravesaban inmensos campos entre montes alejados que sirven de brújula para guiar el camino. Todavía les quedan kilómetros para sentirse seguros, el silbido del viento que interrumpe sus charlas en busca de intentos de no pensar en las historias que su abuela les había contado otra noche tranquila, cerca de una chimenea del cobijo de un abrasador fuego que no paraba de arder.

De repente Sergio, el menor, observa algo en el horizonte: una pequeña, pero incandescente luz que no se mueve ni titila. “Tal vez una gran vela”, dice chistosamente ante el murmullo de su hermano. De repente la luz se mueve casi

imperceptiblemente, pero se mueve, dirigiéndose al próximo monte, el que deben cruzar o cruzar comúnmente para acortar el camino.

A medida que se acercan se mueve y de a poco se escabulle entre los grandes troncos de eucaliptus. Rodear la inmensa arboleda comienza a ser una opción más que aceptable. Carlos, el mayor, toma la mano de su hermano y con un paso ligero, y por momentos frenético, trata de seguir pero manteniendo la calma.

Luego de un instante la luz desaparece pero su miedo los persigue. ¿Dónde está? ¿Qué era? Se preguntan entre miradas congeladas y manos temblorosas. Recuerdan que queda poco y eso los reconforta, a partir de ese momento todos comienzan a ser fortalezas inquebrantables. Enormes muros de madera que esconden algo que jamás entendieron y tampoco podrán atravesar.

La Trafic blanca

Leandro Martínez

Era imposible no prestarle atención a ese rumor. En las redes sociales se hablaba de una camioneta blanca marca Renault Trafic que por las noches secuestraba personas para extirparles sus órganos y venderlos. Le podía tocar a cualquiera.

Decidí no hacer caso a esos rumores, aunque admito que durante meses vi de reojo a estas camionetas... como si fueran un artefacto lúgubre, capaz de someterme a una quieta desesperación son sudoración incómoda.

Una noche cualquiera decidí, a pesar del frío, salir a comprar los cigarrillos Chesterfield que fumo desde la adolescencia. Volviendo de la estación de servicio siento que me miran y procuro caminar en la oscuridad cubriéndome con árboles. Escucho un ruido de motor escandaloso (obviamente gasolero), que emanan un horrible olor a aceite quemado. Empiezo a acelerar el ritmo y veo que las luces me apuntan a la nuca. Rápidamente me lanzo en un salto brusco a la entrada de una casa y veo pasar la camioneta blanca. Me quedé atónito, sin poder emitir sonido.

¿Qué hago?, me pregunté. No podía seguir caminando porque estaba congelado. ¿Son verdaderos los rumores? Podría ser cualquier persona que se le ocurrió comprar una Trafic sin ser un extirpador de órganos ¿Y si no?

Me quedé quince minutos bancando que pase el susto y que ellos se perdieran, mirando por encima del murito de la entrada de la casa. Aproveché la oscuridad y fui adelantándome hasta mi casa. Cuando faltaba una cuadra vuelvo a ver las luces. Sin pensarlo empiezo a correr frenéticamente y entro dando un portazo. Miro por la ventana y era una camioneta gris de otra marca cualquiera.

Tuve una rara sensación y sentí la necesidad de acariciarme el estómago, la cara, los ojos, las manos. Me sentí a salvo de algo desconocido. Fui feliz en ese momento aunque, en el fondo, me sentí un completo estúpido.

El poder de las mujeres

María Marta Ortolani

Mi vida está regida por dos mujeres, mi mamá y mi abuela materna. A mi papá nunca lo conocí. Tampoco cuando crecí y entendí el concepto de familia, de paternidad, de hombre, de persona íntegra. Y ahí, cuando todo el mundo trataba de hacerme entender o comprender que, a pesar de todo, debía conocer mi identidad nunca quise saber de él.

Siempre tuve en claro que el día que formara mi propia familia iba a ser todo lo contrario a ese hombre que la biología asimila a mi progenitor y yo ni quiero saber quién ni cómo es.

Toda la familia, obviamente que a la única que considero como tal y además conozco y reconozco, es la de mi madre. Son médicos. Médico clínico, médico rural, cardiólogo, oftalmólogo. Todos los hombres de mi familia estudiaron medicina, yo no iba a ser la excepción a la regla, soy ginecólogo y obstetra.

¡Si! Recibo muchos chiquitos que llegan a este mundo. Todo el tiempo veo familias. Interactúo y trato con todas las variedades de familia que se conocen, pero familias al fin.

Y contando esto de la medicina iba a que todos los médicos estudiamos genética, y con ella que la salud de tu familia biológica está íntimamente relacionada con vos, con tu ser. Se lo dije a todos mis pacientes. En cambio, haz lo que yo digo y no lo que yo hago.

Infinidad de veces mis tíos me quisieron ayudar a buscar a mi padre, a que sepa de dónde vengo, por lo menos para prevenir si tuviera algo, pero nunca quise saber nada y lo sostengo hasta el fin de mis días terrenales.

Ustedes se preguntarán por qué hice tanto hincapié en la salud, si sin saber se puede vivir igual. Pues no. Desde que nació convivo con una fobia conocida como patología agenesia (relativo a enfermedades del sentido del gusto), que no me deja sentir o percibir gustos. Algo así como tener atrofiadas mis papilas gustativas. Recorrí numerosos médicos y me realizaron inmensa cantidad de estudios, nadie nunca supo qué tenía.

Muchos me dijeron “deberíamos investigar tus orígenes, quizás ahí esté la respuesta”. “No me importa. Puedo vivir igual”, siempre fue mi contestación. Porque mis progenitores son Ana y Silvia. Mi abuela y mi mamá. Nací en 1975 cuando la mujer no era nada o solo un tipo de sexo y el terror se apoderaba de todas las calles argentinas. Siendo dos mujeres nunca me faltó nada. Ni comida, ni educación, ni amor, ni contención, ni pasé frío en invierno, ni me sentí solo el día que debuté en primera del club del barrio. El día del padre es el día de Silvia y Ana. El día de la madre es el día de Ana y Silvia. No fuimos ricos, ambas se la jugaron toda por mí y por nuestra pequeña familia. Me hicieron llegar a la Universidad.

Mis tíos fueron mi camino a seguir, pero ellas dos, Ana y Silvia, son mi título máspreciado. Sin estas dos mujeres, seres especiales para mí, quizás hoy no estaría donde estoy, o peor aún, vaya a saber dónde estaría. Sin conocer nada y siendo un don nadie. Mi padre es nada y para mí con tener estas dos mamás tengo una familia. Con las mujeres todo. Con los hombres, selectivo.

El poder de las mujeres

Melina Palópolo

Llevábamos cinco años juntos. Hacía un año convivíamos en un departamento que ella eligió frente al Parque Saavedra, y la verdad, las cosas funcionaban bien, o eso es lo que yo pensaba.

Un 10 de enero, después de dormir la siesta, se levantó a lavarse los dientes y desde el baño me dijo:

-Si te pedí que hicieras la lista de los mandados ¿no se te ocurrió pensar que si no había más dentífrico debíamos comprar?

Inmediatamente pensé en responderle pero lo cierto es que no me pareció relevante su pregunta.

Regresó a la habitación, la miré y me volvió a repetir la pregunta, esta vez, no tuve otra opción que responderle:

-¿Y por qué no lo hiciste vos?

Si hoy me preguntan, la verdad es que no sé por qué esa pregunta desató tal tormenta. Abrió el ropero, sacó la valija, la apoyó sobre la cama, a un costado mío y comenzó a meter toda su ropa.

Decidí preguntarle por qué lo hacía y su respuesta fue:

-Mirá, si mi abuela pudo conseguir trabajo y mantener una casa después de que mi abuela la dejara en la lona; si mi vieja pudo criar sola a tres hijas después de que mi papá se borrara; si mi hermana pudo rehacer su vida en otra provincia después de separarse de un tipo violento; si Evita nos dio el voto a las mujeres en una época donde no nos veían como sujetas de derecho; y por último si Cristina pudo gobernar durante ocho años teniendo a todos los medios de comunicación hegemónicos en contra... yo puedo separarme de un pelotudo que no sabe armar una lista para el supermercado. Y así fue como después de nombrarme a todas esas mujeres y de terminar de armar su valija, se fue para siempre.

El pecador de Canterville

Camila Ragazzini

Alguna vez leí sobre la extraña sensación de lucidez que aparece en el primer momento de ebriedad. Ahí, donde todo parece condensarse, estaban los dos.

Virginia apenas conocía los lineamientos del tiempo; Simón era un aficionado de esos instantes.

El arrebató –gesto de rebeldía inglés– los colocó frente a frente con dos copas de vino. Ignorando el estado de sus cuerpos, la joven y el longevo fantasma se enraizaron en los interminables homicidios y las aventuras de burdel. Todos los relatos posibles nacieron en aquel cuarto, encerrados en el alcohol.

Ciertamente, cuando las últimas historias rodaban entre cuerpos de mujeres desnudas, sintieron la condensación de aquel cuarto. Por fin Simón se había despojado de las ansias al edén.

Fue justo ahí, en ese calor condensado, mientras el almendro seco se volvía flor; un niño dejó correr su llanto, la casa se tranquilizó y el escupió con sus labios de pecador: “Quítate la ropa”.

La silueta con poder

Enrique Ramírez Ovalles

Mirar tras la ventana fue, durante muchos años, la forma más refinada de expresar el confinamiento de la mujer al espacio doméstico. Naturalizado e incluso idealizado por cierta literatura neoconservadora a finales del siglo XX, mi silueta esbozándose a través del translúcido aparador de mi casa nunca me sedujo y, menos aún cuando comprendí como lo que mi madre me enseñaba como moral femenina solo estaba orientado a domesticar mi visión femenina según las pautas señaladas por el catecismo masculino.

Mi nombre es Clara, pero en mi interior refulgía la luz ¡Cómo debo mirar; ¿Qué debo decir? ¿Cómo manifestarme? Ante un mundo que se pinta según los colores determinados para hombres y mujeres y se mueve a través de sonidos que indican la posesión de mi cuerpo, por otro a través de una supuesta licencia que le confirió el amor que se ve en las películas no me resultan sino el pretexto, muy infeliz por cierto, para domarme.

Hace cuatro años me casé y dos después fui madre lo que, en teoría, debería resultar una carta de libertad ante el cumplimiento de los inveterados cánones sociales; sin embargo así logré apropiarme del destino que deseo; ambición de enormes

magnitudes vivir a través de mi y no para otros no resuelve el hambre en el mundo ¿O sí?

Mi libertad nunca fue mana del cielo, todo lo contrario, parece ser el último campo de una eterna y reiterada batalla. Padre, hermano y esposo, de uno en uno fue corriendo mí certificado propiedad pese a mi resistencia. Candy Says, de velvet underground, musicaliza la habitación de mi nene quien en su cuna lloraba asustado por los gritos con los que su padre atendió mi reclamo de dejar solo una silueta dibujada tras la ventana de nuestra casa.

Las posibilidades de rasgar el velo nunca fueron tantas y, sin embargo, mi ansiedad tan intensa ante la cercanía de algo que al final nunca pude obtener.

El llanto culmina y el silencio de mi living no avala aquel refrán que indica como la calma llega luego de la feroz tormenta; callar no propone tranquilidad sino restricción forzosa e impuesta a través de la coyunda. La ventana rota filtra la luz hasta mi rostro pálido y frío que ni mi sangre, que le rodea, calienta luego de brotar sin cesar a causa del impacto contra la ventana que siguió mi solicitud de ese fragmento de vida: la que llaman libertad.

El poder de las mujeres

Ignacio Ruiz Sanabria

No recuerdo que mi madre hablara mucho en casa, pero sí recuerdo el viento de diciembre que impregnaba su aroma a rosas en todo el pasillo, eso me daba vida a mí, o a veces muerte, sobre todo cuando mi padre la maltrataba.

Mi madre, Felicia Ruiz, era hija de uno de los hombres más ricos del país, Juan Alberto Ruiz: un hombre cuya postura acerca de la vida y de lo que consideraba lo mejor para ella era que se casara y que tuviera hijos, en fin, que se convirtiera en lo que él consideraba una señora del hogar.

Una vez encontré una carta de mi madre donde contaba lo que había vivido:

“Decidí marcharme de casa a los veintitrés años de edad sin entender muchas cosas y no quiero recordar lo que viví en esas calles de Madrid. El mundo era diferente, y si me queda algo de humildad diría que fue nefasta; me violaron cinco tipos de la forma

más cruel que pueda existir, me trataron peor que a un animal y entonces me acordé de mi madre, sobre todo cuando me tiraron en la cama de un hospital y necesité enormemente un abrazo.

Hoy, 28 de junio, decido escribir porque me cansé de la oscuridad, me cansé de cerrar la puerta y que me torturen en un cabaret, o simplemente dejar el pasado para abrirme al presente.

Pero ¿quién soy?, ¿dónde estoy? Soy una abogada exitosa, carrera que pagué vendiendo mi cuerpo en alguna callejuela sombría y vacía. Acá estoy, defendiendo a otras mujeres que han sido víctimas de abusos o maltratos en esta sociedad que a veces mata más allá del cuerpo o del alma.

Estoy en el edificio más alto de Madrid y todas las mañanas abro la ventana para sentir el viento que alguna vez sentí cuando era niña, solo que ahora nadie me lastima más. Conservó también en un frasco pequeño y frágil, un perfume de rosas”.

Frágil como lo era mi madre y pequeño como las palabras hirientes de mi padre- pensé-. Capaz para mí esas palabras eran sólo producto de su pequeño pensamiento acerca de lo que realmente valen las mujeres.

Hacia el final de la carta se leía:

“Eso es lo que soy y seré. Defensora de los más débiles. No soy rosa o lo fui un tiempo, no tengo memoria, pero quiero y deseo que en cada casa haya una Felicia Ruiz”.

El tesoro universal

Mariano Zamudio

Los ojos de ese pescador no pudieron abrirse más grandes. Su cara, confundida, parecía de una película de terror.

Lentamente, sin querer molestar a los tripulantes de ese avión tan raro, suspiró, se levantó y comenzó a caminar hacia la nave para tratar de entablar una conversación.

El supuesto avión era redondo, plano. Brillaba sorprendentemente y tenía un tamaño diez veces superior al Boeing más grande que alguna vez se construyó.

Una vez que llegó a la aeronave esbozó una sonrisa y dijo:

-¡Bienvenidos, compañeros!

Quizá un poco nervioso, tal vez demasiado inocente, el hombre imaginó que la utilización del lenguaje fue una opción acertada para comunicarse con seres recién llegados a nuestro planeta.

Los habitantes eran altos, sus figuras eran muy similares a las del desorientado pescador. En la cara solo poseían algo parecido a los ojos de un perro y dos pequeñas orejas vacías por dentro que parecían dos aros expansores flotando en el aire sin orejas donde colgarlos.

Eran cuatro extraterrestres. Se dirigieron hacia el agua, caminaron sobre ella, bebieron tres sorbos y se miraban como si hubieran encontrado un océano de oro.

A solo cinco minutos de haber aterrizado volvieron a caminar hacia la nave. Tres de ellos ignoraron completamente al pescador, el único que no subió miró fijamente al terrícola, caminó hasta él y suavemente, al parecer salido de este agujero de la oreja, se escuchó:

-Aunque ustedes no la quieran ni la cuiden el agua es la única esperanza de vida. A partir de ahora es nuestra.

El fenómeno se alejó, subió a la nave y desaparecieron instantáneamente.